

Bolívar:
sangre y juventud de la nueva independencia

José Ignacio Cabrujas

Bolívar:
sangre y juventud
de la nueva independencia

José Ignacio Cabrujas

BOLÍVAR: SANGRE Y JUVENTUD DE LA NUEVA INDEPENDENCIA.
José Ignacio Cabrujas

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información
Av. Universidad, Esq. El Chorro, Torre Ministerial, pisos 9 y 10. Caracas-Venezuela.
www.minci.gob.ve / publicaciones@minci.gob.ve
Rif: G-20003090-9

Directorio

Mauricio Rodríguez Gelfenstein
Ministro del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Alejandro Boscán
Viceministro de Estrategia Comunicacional

Helena Salcedo
Viceministra de Gestión Comunicacional

Roberto Malaver
Director General de Difusión y Publicidad

Gabriel González
Director de Publicaciones

Iris Yglesias, José Daniel Cuevas
Corrección y edición

Omar Cruz
Portada e ilustraciones

Luis Cardozo
Diseño y montaje

Michel Bonnefoy
Presentación

Depósito Legal: lf87120103202844
Impreso en la República Bolívariana de Venezuela
Agosto, 2010

*La causa de la Independencia, la causa de la libertad
no se resolvió en Carabobo en 1821. Nosotros estamos buscando
esa independencia, esa libertad. El episodio español
ya no importa en la historia, pero la Independencia continúa.*

José Ignacio Cabrujas



Presentación

Simón Bolívar es un hombre de sangre, que convocó a este pueblo a la gran empresa de la libertad.

Simón Bolívar es un hombre joven que está entre nosotros.

Cabrujas nos recuerda que Bolívar no es una estatua ni un Dios, sino un hombre cuyo pensamiento y cuya moral están presentes en cada persona y en cada pueblo que lucha por su dignidad.

Bolívar:
sangre y juventud de la nueva independencia

José Ignacio Cabrujas

1937–1995,
dramaturgo,
director de teatro,
articulista,
cronista,
guionista,
actorista,
critiquista de arte,
humorista...



Alguna vez pensé —hace muchos años— que un día me tocaría presentarme en un acto como éste, que sería en algún pueblo venezolano, que se cumplirían años del nacimiento o de la muerte de Simón Bolívar, y que unas personas generosas me llevarían a ese pueblo para hablar de este hombre que hizo la nación.

Alguna vez lo pensé, y ese día me hice el juramento de que si alguna vez tenía yo el privilegio que hoy se me concede, y que siento casi como una extensión de mi cumpleaños —que fue hace dos días—, si tengo el privilegio de

hablar sobre Bolívar, no voy a decir las mismas necedades, no voy a repetir los mismos tópicos, no voy a hablar la misma rutina que durante decenios y decenios se viene hablando de este hombre; sino que voy a tratar de expresarme como lo siento, como un hombre de la historia; pero como mi contemporáneo, como un amigo, como un hombre que vive, como un hombre que está con nosotros y que debe estar con nosotros. Y no necesariamente como esa estatua que está a las espaldas de ustedes y a mi frente, esa estatua que lo consagra en bronce y que se repite incansablemente en todos los pueblos de Venezuela.

Hoy, cuando se cumplen 200 años del nacimiento de este compatriota, no habrá pueblo venezolano, no habrá placita Bolívar en

Venezuela donde alguien no esté hablando en este instante, un poquito más temprano, un poquito más tarde, de Simón Bolívar.

Ojalá no nos invada el palabrerío; ojalá no sigamos ocultando a este hombre; no le quitemos gloria a este hombre; no le quitemos amor a este inmenso personaje diferido en una idolatría, en una bobería que ha tratado de obscurecerlo. Porque, en efecto, amigos, lo primero que a mí se me ocurre decir para tratar de ser fiel a mi promesa es que hoy estamos celebrando el natalicio de un hombre misterioso, de un hombre del cual la historia ha escrito toneladas de papeles.

Yo conozco a historiadores, cronistas, que podrían en este momento decirnos qué diablos

hacía Bolívar el 24 de agosto de 1818 a las 6:30 de la tarde. Es un hombre acorralado. No hay día que se nos escape; no hay minuto prácticamente que se nos escape. Se ha dicho a veces que el Libertador era un hombre de una intensa vida erótica, un hombre muy dedicado a la conquista femenina. Yo digo que sería justo que sus cronistas e historiadores dejaran en paz a este hombre, aunque fuese para hacer el amor.

No es Bolívar, es la leyenda que escuda a Venezuela. No tenemos derecho a lanzar sobre las espaldas de este hombre la responsabilidad de lo que no somos, de lo que no nos atrevemos a ser. No es Bolívar ese hombre de frases oportunas que se citan y recitan en tiempos de democracia, en tiempos de dictadura, que las citan hombres honrados y las citan ladrones. No es

Bolívar esa oquedad de palabras que permanentemente se citan y se comentan acerca de él.

Es, en primer lugar, —y por eso me maravilla que la primera vez que hablo de él en público sea con motivo de su nacimiento— un hombre joven. El Bolívar del cual tenemos que hablar, el Bolívar que tenemos que sentir está en la historia de un muchacho venezolano, de un hombre joven, tanto que murió a la corta edad de 47 años. Muy joven cuando hizo esa empresa, hombre de juventud cuando intentó cambiar el rostro de este continente.

Ese hombre joven procedió y vivió como lo que era, un hombre joven. Hombre de balbuceos, hombre de contradicciones, hombre de errores, hombre de aciertos, hombre que vivía, hombre

de sangre. Ése es el hombre que, de alguna manera, creó esta patria.

Ese hombre joven, no como se le pinta en los cuadros, porque tal vez por cierta coquetería que tenía el personaje, le gustaba aparecer pintado con aire de militar napoleónico, ése no era Bolívar, el de los cuadros, sino un hombre de una larga melena —como cuenta Indalecio Liévano Aguirre—, una melena que le llegaba a la espalda y que después perdió, a partir de 1824, cuando comenzó a ponerse un tanto calvo.

Ese hombre al que llamaban "el Zambo", que usaba largo pelo y que se lo ataba con una cinta, en una especie de cola de caballo, ese hombre que no se bajaba de un caballo y que andaba tras la vida, tras un proyecto, fue el hombre

que de alguna manera convocó por última vez a este pueblo a una empresa, a la empresa de la libertad, a la empresa de ser. He allí el último hombre que nos ha convocado para que hagamos algo en la historia.

Ese hombre que me gustaría hoy presentar tal como era, un poco mal hablado, un poco hombre de groserías caraqueñas en su boca –porque como dicen algunos cronistas peruanos, la expresión favorita de este personaje que tenemos en esa estatua, cuando estaba frente a una tribulación, o frente a una bronca, decía: "la pinga"–; ese hombre que lejos de parecerse a una figura protocolar, en la cual lo ha envuelto la Academia de la Historia y la Sociedad Bolivariana, tal vez los peores enemigos que este hombre ha tenido después de muerto, aún peores que los

mismos españoles; ese hombre que gustaba de bailar vals y polca, que gustaba de subirse a las mesas en los banquetes, protagonizó en Perú un pintoresco incidente, junto al general Flores, cuando iba a dejar a su compatriota Flores al mando del Perú, en Lima.

Estaba reunida toda la oligarquía limeña, convocada a una fiesta de baile, naturalmente. Ninguna muchacha de la oligarquía limeña quería bailar con el general Flores, porque les parecía venezolano y medio mestizo. ¿Qué hizo entonces este hombre del cual hoy convocamos su nacimiento? Pues se fue al frente de la orquesta, pidió que se tocaran unos valses y él mismo sacó a bailar al general Flores y bailó ocho valses para enrostrárselo a toda la oligarquía de Lima.

Ése es Bolívar, porque eso es un romántico, que vivió en el ideal romántico. El hombre de las ideas, pero sobre todo, como lo decía el historiador Liévano Aguirre —quien lo llamó con el mejor título que le han dado a este hombre—, el título que más nos convendría hoy recordar, más que llamarlo Libertador, que ya lo sabemos, Bolívar es el hombre de las dificultades, el hombre que nació para enfrentar las dificultades porque, en efecto, ésa es la vida terrible, dura, implacable, donde Bolívar es prácticamente una rutina del fracaso, una rutina del escollo, una rutina prácticamente de lo imposible. Es ese hombre al que vemos alentado en 1810, turbado y extraordinario, reclamándonos una calma de 300 años en 1811; desesperado en 1812; perdido y destruido en 1813; liquidado y remitido al exilio extremo en 1814; apedreado

en Güiria de la Costa en 1815, cuando desesperadamente intentaba buscar un pueblo y no lo conseguía por ninguna parte; un tanto recuperado en Guayana, en la cercanía del general Piar, pero a la vez colocado en el centro de un conflicto que conllevó al fusilamiento de este hombre que de alguna manera lo había salvado.

Luego, alentado otra vez por el gesto de Páez en el Llano y por la idea genial y extraordinaria de desplazar la lucha por la independencia hacia Colombia, hacia la Nueva Granada, hacia la Gran Colombia, hacia el sueño de un continente, hasta que logró esa empresa.

Pero sobre todo, lo que abisma, lo que continuará pasmando generaciones tras generaciones —sin dármelas en este instante de "bolivarero", sino simplemente con el reconocimiento

elemental de quien hizo una proeza ante nuestra historia—, es que ese hombre vivió su vida, vivió su acción durante 14 años. Sólo en 14 años, en tan escaso tiempo, este hombre se planteó la libertad de este país y logró la hazaña de la libertad de una vasta región de este continente, que se extiende hasta el Perú. Tan sólo en 14 años...

Nosotros tenemos 31 años de democracia de estos gobiernos, y en ese lapso, contando con nada menos que 16 años de ventaja sobre el Libertador, hemos sido incapaces de crear una obra, de construir una obra conocida, tangible ante nuestros ojos. Porque lo que somos, lo que hemos logrado ser los venezolanos en estos 30 años es porque se lo hemos arañado al Gobierno, se lo hemos quitado a arañazos al Gobierno.

¿Dónde está el secreto que hace que un día como hoy todo el país lo mencione, en ocasiones más retóricamente, en ocasiones, y espero que ésta sea una, más como él merece, más informalmente, más como era su genio y su carácter? ¿Qué hace que este hombre signifique tanto para nosotros? ¿Qué lo hace significar tanto en nuestra vida, en nuestra cita cotidiana, en el respeto que tenemos a esa imagen de un hombre del cual nos separan 208 largos años?

Bolívar es un hombre cuyo pensamiento tiene una vigencia ética, moral, mas no práctica, mas no referida a los usos y al mundo contemporáneo, puesto que sería pasarle una factura imposible a este hombre. ¿Qué hizo este hombre? ¿Qué tuvo? ¿Qué nos dijo? ¿Por qué lo recordamos hoy? Lo recordamos porque este

hombre nos convocó a una empresa. Nos convocó como pueblo a hacer algo en la historia.

Bolívar tardó muchos años en encontrar a su pueblo. Era un godo, un mantuano caraqueño, un patiquín caraqueño, hijo de rico y nieto de rico. Era un hombre de modelos aristocráticos que se metió en la vida y que por muchos años buscó; tardó mucho tiempo en acercarse al mulato venezolano, al zambo venezolano, al mestizo venezolano y hablar en su lenguaje.

En un baile en Perú, en vista que "ninguna muchacha de la oligarquía limeña quería bailar con el general Flores, porque les parecía venezolano y medio mestizo". Simón Bolívar, "pidió que se tocaran unos valses y él mismo sacó a bailar al general Flores".





Es un hombre que logró girar la independencia de Venezuela, cuya causa al principio era monárquica, y logró transformar esa causa monárquica en la causa de la libertad y la república; pero ese hombre nos convocó a la empresa, logró citar a este pueblo para que todos unidos emprendiéramos una acción que iba a considerarse histórica.

Y yo pienso que a la hora de citarlo, no es para solazarnos en el orgullo de este recuerdo, sino para que nos preguntemos hoy desde cuándo no se les convoca a ustedes para hacer algo, desde cuándo no se me convoca a mí para hacer algo, desde cuándo no se convoca a este país para que asumamos una empresa.

La causa de la independencia, la causa de la libertad no se resolvió en Carabobo en 1821.

Nosotros estamos buscando esa independencia, esa libertad. El episodio español ya no importa en la historia, pero la independencia continúa.

Aquí hay un nuevo país que aparece, que uno lee en los rostros de los jóvenes, de las personas de empresa joven, de mentalidad joven, que nos dicen a cada instante: ¿hasta cuándo soportar ese espectáculo bochornoso en que se ha convertido el poder en Venezuela? Ese nuevo país está pidiendo su independencia, ese nuevo país está pidiendo desesperadamente aparecer entre tanta corrupción, entre tanta palabra hueca, entre tanto bochorno moral, entre tanta politiquería, como se está haciendo en esta etapa del país.

Es esa nueva independencia la que deberíamos tener en mente a la hora de festejar 209 años del glorioso nacimiento de este hombre. Es esa necesidad de encontrarnos otra vez como pueblo. Porque estamos perdidos, porque andamos cada uno por nuestro lado, como se dice, sin que la historia nos convoque, nos concite al resurgimiento de un espíritu, de una nación que nos necesita.

Es que la democracia que nosotros nos hemos dado, que es un sistema que deberíamos defender en su forma, en la posibilidad, en la libertad que ella conlleva, es algo que tenemos que utilizar.

La democracia está allí en sus leyes, en sus instituciones, pero es algo que no usamos, que

no nos estamos atreviendo a utilizar. Esta es la hora en que cada venezolano tiene que decir la verdad, tiene que decir lo que siente. No podemos permitir que se nos siga tapando como pueblo, que se nos siga mermando nuestra posibilidad. Hay que decir lo que uno vive y lo que siente.

Yo acabo de tener una impactante, una dramática reunión, por azar prácticamente, con el ministro de la Familia de este Gobierno, y allí, reunido con ella y con algunos sociólogos, yo me enteré de que Venezuela era un pueblo. Era un país que desde el año 1922 —cuando empiezan a conocerse algunas estadísticas en esta nación— hasta el año 1982 había tenido una disminución progresiva de la mortalidad infantil.

Y lo digo con la palabra, y quisiera que la palabra se llenara de todo el drama posible, desde 1922 hasta 1982, nuestros niños venezolanos se morían cada vez menos; pero desde 1982 hasta el día de hoy, hasta 1991, se están muriendo más nuestros niños.

Hay que decir en este instante que el año pasado fallecieron 8.500 niños venezolanos por diarrea, una cifra que nos debería abochornar, porque con un presupuesto muchísimo más bajo Costa Rica y Cuba han logrado que ese promedio de muertes de niños se vea reducido prácticamente a cero.

¿Cómo es posible? Esa es la independencia ante la cual de nuevo la historia nos sigue convocando, que por lo menos comencemos a cobrar la conciencia de que nuestros niños

venezolanos no pueden morirse en esa proporción, que no es posible que un país acepte que 8.500 bellezas humanas, 8.500 posibilidades de genios, posibilidades de colocar con esos 8.500 niños 8.500 estatuas como esa que está allí (se refiere a la estatua de Bolívar), 8.500 como ése que alguna vez fue un niño (se refiere a Bolívar), porque hoy celebramos el día cuando nació, cuando era niño y cuando no le dio diarrea, porque probablemente se la supieron curar en ese momento... Ésa es la posibilidad, ésa es la nueva independencia a la que se nos convoca.

Cumplo hoy este viejo compromiso que alguna vez me hice de hablar de Bolívar sin refugiarme en el tópico y en las frases hechas, sino tratando de observar hasta dónde —porque no se trata de Dios, se trata de un ser hu-

mano—, hasta qué punto el pensamiento de este hombre es vigente.

No lo sé, en realidad eso no importa. No importan las reflexiones que en algún momento Bolívar se hizo sobre la manera de administrar el país, sobre si había que crear un consejo de arcontes[1] o sobre si los hijos de los libertadores debían representar el poder en Venezuela, probablemente en eso estaba espantosamente equivocado.

Lo que sí es importante reivindicar es que la historia de Bolívar no se puede continuar

---

1. Del griego *archai*, "orígenes, comenzar cosas, anteriormente en el tiempo". En el mundo clásico mediterráneo, arcón era comúnmente usado para designar el gobernador de una provincia, o cualquier autoridad religiosa o gubernamental. Por lo tanto, el plural arcontes es a menudo traducido en los textos gnósticos como "las autoridades".

contando como la historia de un hombre incomprendido y de un hombre derrotado, y aquí vuelvo a utilizar su expresión favorita: “la pinga”. No señor, no es ése Bolívar. Él no es un hombre al que se le debe recordar macilento en Santa Marta, en la casa de un español, como si la empresa histórica que hizo hubiese resultado un fracaso, no señor.

Bolívar fue un hombre de éxito, fue un hombre de triunfos. Su muerte, como toda muerte, no es más que una anécdota. Ese hombre, que se propuso de muchacho un juramento, cumplió ese juramento. Ese hombre, que de niño alzó una palabra, vio engrandecerse esa palabra. Ese hombre se montó en un caballo e hizo lo que se propuso. Ése era nuestro compatriota, ése que sigue allí en esa estatua. ¿Cuándo lo bajamos

de allí? ¿Cuándo lo quitamos de ese bronce? ¿Cuándo aprenderemos a leer en ese rostro el cariño que la gente de este pueblo logró colocar allí?

Bolívar es un símbolo, pero ¿cuándo se nos va de esa plaza y se nos mete adentro ese gesto, esa emoción? Ése es el nuevo país.

Yo sospecho cuando veo rostros, cuando veo personas en la calle, sobre todo ahora, en este país, en este momento… Es como si se sintiera que viene un cambio, que esto no puede continuar. Esta corrupción que cotidianamente nos invade, este espectáculo diario del corrupto de la semana, este *show* de mostrar quién es el corrupto de la semana o de la quincena, porque

de una quincena no pasa ninguno... Llega un momento en que esta situación atosiga, porque ya no nos importa.

Ya yo no quiero que me digan quién se robó los reales, yo sé que se los robaron, me consta, pero ya no me basta con eso. No es que la democracia venezolana ha madurado porque ahora denunciamos a los corruptos. Estoy en absoluto desacuerdo con eso.

Yo pienso que está muy bien denunciar a los corruptos, quién lo niega, pero eso no basta, eso no es más que pan y circo. Eso no es más que un espectáculo de la prensa y la televisión, para darse, como se dice, con una piedra en los dientes: "Yo denuncié... Yo dije... Yo hablé...".

El problema es que esas personas que llamamos corruptos son denunciadas, son colocadas ante la picota y la opinión pública; pero todos o casi todos están en sus casas.

Allí está la pintoresca Gardenia Martínez, que cobró un cheque por 3.900 millones de dólares hace cinco años. Depositó ese cheque en un banco y retiró los intereses, y no entregó las municiones al Ejército. Ése sí es un delito, así lo ha dicho la prensa y así lo ha dicho el comandante del Ejército. ¿Y quién más lo va a decir entonces? Pero allí está ella, en su casa.

Yo no la veo en la cárcel, no la veo colocada en el sitio donde debe estar una persona que se apodera de 4.000 millones de dólares, simplemente por "distraer" un cheque a las Fuerzas Armadas o a cualquier institución del país.

Esa corrupción, que se nos ha instalado en la sociedad venezolana, ya no basta con denunciarla; ya tenemos que comenzar la independencia de esa corrupción. Hay que recrear al país; hay que reinventarlo; hay que analizar una a una las instituciones de este país, desde el mismísimo Presidente de la República,[2] que todos los días nos dice que está abrumado, que no quiere hablar de eso, que él es optimista, porque no quiere enfrentar la realidad, ni la caterva de pillos que lo rodean en este momento, hasta el último concejo municipal de este país y el último funcionario.

Ésa es la independencia que nos espera. Ahí sí me permito ser optimista; ahí sí me permito

2. Se refiere a Carlos Andrés Pérez, en su segundo período presidencial (1989-1994).

pensar que nosotros no somos esa nación de ladrones que nuestra prensa exhibe.

Yo creo, yo tengo en este instante la vida. Dios, como se quiera llamar, me hizo un regalo: me dio un niño. Se llama Diego y tiene en este momento tres años, y ahora en octubre me cuenta cuatro. Yo tengo ese bebé, ahora que soy casi un viejo, y lo miro, y lo amo, y me pregunto por él: ¿Qué será lo que mi niño Diego, mi amor Diego va a hablar cuando tenga 20 años?, ¿cuáles serán sus temas? ¿Qué país le estoy dejando? ¿Qué país le estamos dejando a mi hijo y a esa cantidad de carajitos que en este instante tienen tres años? ¿Qué país les vamos a dar?

El país de la denunciadera, el país de la corrupción convertida en circo, el país donde la

política ha descendido al chisme; un país donde no hay diálogo, un país donde no hay empresa porque están tapadas las grandes iniciativas. Ésa es mi pregunta.

Por eso allí, ante esa estatua de la cual distamos en este momento, yo quisiera renovar un compromiso, no bolivariano en el viejo sentido de la palabra, no la coronita de flores, no el recuerdo cada 24 y cada 17, y moral y luces son nuestras primeras necesidades y pachotadas por el estilo...

El recuerdo diario, el recuerdo de una acción humana, de un hombre que venció unas dificultades, de un hombre que convocó a su pueblo. Por eso, cuando paseen por esta calle, cuando vayan a esa plaza, échenle una miradita de

vez en cuando. No está allí de balde, no lo puso allí la historia de balde. Está allí un hombre que supo qué hacer con este país y qué hacer con su vida.

Discurso pronunciado por José Ignacio Cabrujas,
en ocasión del Bicentenario del nacimiento
del Libertador, Simón Bolívar.
Santa Ana del Norte, isla de Margarita,
24 de julio de 1991

El Libertador
es sublime

s cierto que existen hombres que se han dedicado a coleccionar nuestra memoria; pero, dentro de esos íconos, tenemos las dos caras, una que el país exceptúa de sí mismo: Bolívar.

Bolívar es venezolano sólo en el sentido paradójico que pudiese tener la palabra, nuestra paradoja; es venezolano en la medida que no es venezolano, en la medida en que no se comporta, en que no se predica en torno a Bolívar las características que nos hemos atribuido a nosotros mismos como pueblo, ciertas o falsas.

El Libertador es sublime. Nadie lo describe como astuto, como pícaro. Se pondera su inteligencia, su talento, su genio. Es un ícono moral, es un hombre sublime, enfrenta la vida, y

los venezolanos amamos contar esa historia. Enfrenta su vida con pasión, con sentimiento, con fuerza.

Es una persona de la cual esperamos siempre que la historia nos confirme gestos de un inmenso poder moral, por eso lo hemos exceptuado, hemos llegado a ese convenio. Nadie sabe cómo fue Bolívar; pero hemos llegado al convenio social de colocarlo como un paradigma. Es nuestra única atadura con lo sublime y lo elevado.

Fragmento de José Ignacio Cabrujas,
tomado de La cultura del trabajo, *"La viveza criolla.*
Destreza, mínimo esfuerzo o sentido del humor",
Caracas: Cátedra. Fundación Sivensa-Ateneo
de Caracas, 1996.

Índice

En los talleres gráficos
de la
Imprenta Nacional y Gaceta Oficial
se terminó de imprimir esta obra
en agosto de 2010

Caracas, Venezuela

La edición consta de 20.000 ejemplares.


La venta de este libro es un acto contrarrevolucionario
LIBRO
GRATUITO


Gobierno
Bolivariano
de Venezuela
Ministerio del Poder Popular
para la Comunicación y la Información


200
BICENTENARIO